

CAROLINA POBLA

LOS JUGUETES

DE LA

GUERRA



MAEVA

Prólogo

LA PRIMERA MENCIÓN que hizo mi madre respecto a que tío Victor no formaba parte de nuestra familia por nacimiento, sino por adopción, fue el día que nos comunicaron su muerte.

Era una de las calurosas tardes de sábado típicas de los agostos húmedos de Barcelona, en las que acostumbrábamos a reunirnos alrededor de su mesa. Mi hermana y yo siempre íbamos de avanzadilla, para echarle una mano antes de que llegara el resto de la familia.

La encontramos abstraída frente al ordenador, con la mirada ausente y los ojos empañados. Al parecer, nuestro tío Victor había sufrido un infarto fulminante que se lo había llevado antes de cumplir los setenta y cinco. Era el primero de los hermanos en fallecer y a mi madre, la noticia pareció despertarle muchos fantasmas.

Como si con él hubieran muerto todos sus secretos, nos lo soltó sin más, sin tener una razón lógica para hacerlo.

—Yo conocí a vuestro tío Victor a los siete años.

—¿Qué dices, mamá? Si era mayor que tú. Sería al revés.

—No, niñas. El tío Victor llegó a casa cuando yo tenía siete años.

—¿Era adoptado?

—No que yo sepa. No hizo falta. Sencillamente era uno más de la familia. Y no se llamaba Victor.

Calló unos segundos con la mirada perdida en el infinito.

—Antes de que llegara éramos seis, después fuimos siete y más tarde ocho. Aunque al final acabamos siendo otra vez siete.

—Todo esto no tiene sentido —murmuré, sorprendida. Me levanté y fui hasta la cocina para preparar una cafetera.

Mi hermana se reunió conmigo con la excusa de ir a buscarle un vaso de agua.

—¿Tú entiendes algo de lo que está diciendo?

—Nada en absoluto.

—¿Y lo que cuenta del tío Victor?

—Primera noticia.

—Creo que el disgusto le ha afectado a la cabeza.

Nos miramos extrañadas. Aunque nunca habíamos tenido demasiado contacto con el tío Victor, le teníamos el cariño que se le suele conceder a todo miembro de la familia. Vivía lejos, en su Alemania natal, patria que compartía con el resto de sus hermanos, incluida mi madre, hasta que ella decidió venirse a España. Apenas nos habíamos visto en las escasas reuniones familiares que se habían celebrado allí en las que, por la lejanía y un idioma que practicábamos poco y mal, nos sentíamos bastante extranjeros. Es verdad que el tío Victor tenía una fisonomía muy distinta al resto de sus hermanos, pero esto pasa en las mejores familias, la genética es muy caprichosa. Jamás hubiéramos imaginado que la abuela no era su madre.

Una muerte cercana siempre causa desolación. Sobre todo si le afecta tanto a una persona querida. Y mi madre parecía haberse perdido en un mar de recuerdos que la mantenía muy alejada de nosotras.

—Lo que no entiendo es por qué nos había ocultado hasta ahora algo así. ¡Es tan absurdo! Una adopción no es nada de lo que avergonzarse. Si es que hubo adopción, que no parece.

—Puede que en su momento tuviera más importancia de la que imaginamos.

—Es que me sorprende —continué—. Mamá siempre nos ha hablado sin tapujos de su adolescencia en Túnez, de sus viajes de juventud, de descubrimientos y amor libre, de su llegada a España. ¡Y algunas cosas sí que eran para callárselas!

Las dos esbozamos una sonrisa cómplice. Si no fuera por la pena, la situación no dejaba de tener su gracia.

—Ahora que lo pienso... Es verdad que nunca nos ha explicado gran cosa sobre su infancia.

—Tampoco pusimos nosotros demasiado de nuestra parte —tuve que reconocer—. Recuerdo que lo más excitante que nos contaba tenía que ver con vacas, coronas de flores y el vuelo de las mariquitas. Supongo que al final perdimos el interés y dejamos de preguntar.

—Lo único seguro es que ahora parece tener más ganas de hablar que nunca.

—A saber qué otros secretos tendrá esta familia.

Nos volvimos a mirar. Quizá fuera el momento de preguntárselo.

VIOLETTA VILA, MAHLER de soltera, había nacido en Múnich durante el otoño del treinta y siete. En España se estaba viviendo una guerra civil y en Alemania, un cada vez más aplaudido nacionalsocialismo que los iba a conducir a la ruina.

Mi madre siempre había tenido un espíritu indómito que la había llevado a hacer lo que mi abuela, arrepentida de haberle dado tanta libertad, llamaba «muchas tonterías» y había decidido ir con sus hermanos a Australia en un viaje promovido por su gobierno para repoblar el país con jóvenes bien preparados. Cambió de opinión al conocer a Santiago, mi padre, apenas una semana antes de tomar el avión que la iba a mandar al otro extremo del mundo.

Mi padre llegó a Múnich con la tuna de la Facultad de Arquitectura de Barcelona, en una de las paradas programadas de la gira que estaba realizando por toda Europa. En aquel momento mi madre era la representante estudiantil de la Universidad de Múnich en la que estaba haciendo el último curso de Odontología y la encargada de recibir a los estudiantes extranjeros. El encuentro fue fulminante y definitivo.

En contra de la opinión de mi abuela, que si ya consideraba el viaje a Australia como una extravagancia estúpida, creía que trasladarse a España era de una barbaridad supina, mi madre terminó la carrera, cogió todas sus cosas y, loca de amor, se vino a Barcelona con la promesa de una hermosa boda, un matrimonio feliz, una vida acomodada como esposa de arquitecto y una prometedora carrera de dentista en un país que ella suponía lleno de oportunidades para extranjeros que quisieran hacerlo prosperar.

Solo se habían vuelto a ver en París durante un fin de semana y esa era la tercera vez que se encontraban. Eran los años sesenta.

La boda fue discreta, mi padre no acabó nunca la carrera, ella no pudo ejercer jamás en un país en el que para trabajar, tener una cuenta corriente o disponer de pasaporte necesitabas el permiso de tu marido y, para cuando fue consciente de que era la única que aportaba esfuerzo, cariño y respeto a la relación, habían pasado trece años y un día, tenía cinco hijos y se sentía mucho más latina que teutona.

No hubo presión familiar que la convenciera para volver a Alemania.

MAMÁ ESTABA MÁS tranquila. Una buena taza de café negro siempre lo conseguía.

Ya habíamos decidido que los niños no acudieran; les encantaba ir a casa de la abuela, pero ese no era el mejor momento.

—No sé... Llévalos al cine, o a comer una pizza... No, no hace falta que les des más explicaciones... Sí, que hoy la abuela no se encuentra muy bien, y ya está...

—¿Tu marido? —susurró mi hermana. Yo asentí.

—No creo que vaya a dormir esta noche, de momento no cuentas con ello —continué—. No sé... Está mucho más afectada de lo que nos imaginábamos... Sospecho que será una noche

muy larga... Vale, se lo digo de tu parte. Dales un beso a los niños. Y otro para ti. Gracias, mi amor.

Las dos nos sentamos frente a ella sin más intención que la de hacerle compañía. Se nos quedó mirando fijamente y nos cogió de la mano.

—Vosotras y vuestros hermanos habéis sido muy afortunados por no haber tenido que vivir una guerra.

No dijimos una palabra para no interrumpir sus pensamientos.

—Yo era muy pequeña. Para mí fue como un juego... —guardó silencio y dibujó una tenue sonrisa— ... casi siempre.

Cerró los ojos como si necesitara un momento para reordenar sus recuerdos antes de continuar.

—Pero mis hermanos mayores lo vivieron de forma muy distinta. Vuestra abuela fue una mujer muy valiente que sacrificó mucho para intentar suavizar las consecuencias de todo lo que nos pasó. A pesar del horror, creo que fuimos más felices que la mayoría.

A mi hermana y a mí se nos despertó la curiosidad. Necesitábamos saber más. Teníamos la sensación de estar a punto de vivir un momento mágico en el que se nos iban a revelar grandes verdades y algunas claves para entender muchos de los curiosos comportamientos familiares, esos que vienen de lejos en el tiempo y se han convertido en tradiciones inexplicables, como taparnos los oídos cuando suenan campanas, cantar a tres voces siempre que vamos en coche, solucionar disputas sentándonos frente a frente a los dos lados de la puerta de cristal del lavadero que permite vernos, pero no escucharnos, por lo que siempre acabamos haciendo muecas y riendo, o disfrutar de una tormenta de rayos y truenos, sentados en fila frente al ventanal de casa, contando los segundos entre la luz y el sonido para calcular la distancia a la que se hallaba.

—¿Por qué nunca nos has contado historias de aquella época?

—Se hicieron muchas cosas de las que ahora nos avergonzaríamos. Era una cuestión de supervivencia. Tuvimos vivencias

maravillosas, pero también se perdió mucho por el camino. Éramos muy jóvenes y casi ni nos dimos cuenta, pero nos enseñaron a calibrar nuestras palabras y a ocultar nuestros pensamientos. Aprendimos a guardar muchos secretos...

 Mi hermana y yo nos miramos. Luego la miramos a ella, expectantes.

 En los ojos de mi madre vimos sonreír a la pequeña Letta.

 Sí, iba a ser una noche muy larga.

1942

Capítulo 1

LLEVABA MUCHO TIEMPO convenciéndose a sí misma de que había tomado la decisión más adecuada. Las circunstancias y la inmensa responsabilidad con la que cargaba, casi la habían obligado. Pero ahora, con todos sus hijos y una enorme cantidad de maletas y baúles amontonados en el andén vacío de la estación, empezaba a dudar.

No habían ido a buscarlos. Un solo tren llegaba cada día a la localidad y siempre a la misma hora. No era lógico que no hubiera nadie esperando.

—No os mováis de aquí, ahora mismo vuelvo. Margot, coge al pequeño y vigila a tus hermanos.

Ilse le entregó el bebé a su hija mayor y se dirigió al interior del edificio de la estación esperando encontrar a la persona que debía recogerlos y llevarlos hasta el lugar que sería su hogar en los próximos meses. No quiso mirar atrás para no enfrentarse a las miradas temerosas, expectantes, disgustadas y sorprendidas de los niños. En el interior del recinto no había nadie y tuvo que pararse a respirar profundamente y así alimentar algo un ánimo famélico que amenazaba con provocarle un desmayo de un momento a otro. Quería parecer segura, demostrarles a todos que sabía lo que estaba haciendo y que lo hacía con convicción, pero toda esa fortaleza era ficticia y en su interior tenía mucho más miedo que sus seis hijos juntos.

Salió de la estación sin atreverse a levantar la vista para no tener que encarar la posibilidad de que tampoco hubiera nadie fuera. Miró hacia su derecha y vio, a lo lejos, un grupo de casas

que le resultaron muy familiares. Hacía mucho tiempo que no iba por allí y una gran cantidad de recuerdos infantiles volvieron de repente a su memoria, recuerdos felices de los cómodos veranos que había pasado con su familia jugando a la vida campesina en el enorme caserón que presidía la calle principal del pueblo. Pero en aquella dirección no había nadie.

Miró a su izquierda y comprobó que nada había cambiado en el camino de tierra que ascendía serpenteante por la montaña enmarcado por muros bajos de piedra seca cubiertos de zarzamoras en flor, algunos arañones espinosos y matas de ortigas. Tampoco se veía a nadie por allí.

Miró al frente y todo era verde. Verde como cualquier principio de verano. Verde como la esperanza con la que había llegado hasta allí como el único escudo que le quedaba y que se le iba desmoronando a medida que pasaban los minutos.

Empezó a sentir un calor pesado y casi doloroso en las cuencas de los ojos culpa del esfuerzo que estaba haciendo por no romper a llorar y su cerebro empezó a trabajar tan deprisa que fue incapaz de comprender las órdenes contradictorias, los consejos inútiles y las posibles palabras de ánimo y consuelo que ella misma se ofrecía.

—Bueno, estarás contenta. Ya nos has traído hasta aquí. ¿Y ahora qué?

Una voz detrás de ella la increpó con un tono poco apropiado para el respeto que se esperaba de una muchacha bien educada. Ni se molestó en darse la vuelta para mirar a Margot que, con el pequeño Tom sentado sobre su cadera derecha y el brazo en jarra sobre la izquierda, reclamaba una respuesta. El resto de sus hermanos la habían seguido y se escondían detrás.

Ilse tomó todo el aire que pudo de una sola vez y lo soltó despacio durante el tiempo suficiente como para tranquilizarse y no girarse con intención de soltarle una bofetada y cuatro palabras mal dichas a su hija mayor.

Volvió a mirar a la derecha, sin poder ver más allá del primer árbol que marcaba el camino hacia el pueblo, cuando distinguió una pequeña nube de polvo que parecía tener mucha prisa en llegar.

Dejó que pasara el tiempo.

—¡Mamá!

Un carro precedido de un caballo percherón, conducido por un hombre enorme con una poblada barba blanca se paró delante de la estación.

—Señora...

El hombre tocó con la mano el borde del sombrero y saludó con un gesto de cabeza.

—Disculpe la tardanza. *Cornelia* estaba de parto.

—¿*Cornelia*?

—La vaca.

—¡Ah! *Cornelia*...

El viejo Johann, el guardés de la casa de sus padres, siempre había tenido una vaca. Y siempre se había llamado *Cornelia*.

—¿Dónde está el coche?

—Es muy difícil conseguir combustible en estos tiempos, señora.

—No importa. Llévanos a casa, por favor.

—No hay casa, señora.

—¿Cómo que no hay casa?

—Confiscada, señora.

—¿Toda?

El viejo Johann asintió sin dejar de mirarla a los ojos con tristeza.

Ilse suspiró sonoramente. En el fondo se temía que algo así pudiera suceder. Sabía que el ejército había confiscado la casa familiar para utilizarla como hospital de recuperación para oficiales, pero estaba segura de poder ocupar un par de estancias, aunque fueran las que habitualmente había utilizado el servicio. O parte de la casa de los guardeses, a la entrada de la finca.

Nunca pensó que las cosas pudieran llegar a complicarse tanto. Tenía que pensar deprisa.

—Entonces llévanos a la cabaña.

El viejo Johann se la quedó mirando unos segundos, luego miró a los niños y después otra vez a Ilse.

—¿A la cabaña? ¿Está segura, señora?

—¿Me queda alguna otra opción?

Tardó unos segundos en contestar. Parecía estar buscando una alternativa.

—No, señora.

El hombre se encogió de hombros, bajó del carro y ayudó a los dos chicos mayores, que aún no habían abierto la boca, a cargar las maletas y el resto del equipaje. Después ayudaron a subir a Betina y a Letta y se instalaron como pudieron ellos también. Aunque ninguno se había atrevido a hablar, a los cuatro todo aquello les parecía muy divertido.

—¿No pretenderás que vaya en eso?

—Margot, por el amor de Dios, haz el favor de subir al carro y no digas ni una palabra más.

—Ni hablar.

—Te lo pido por favor. No me pongas las cosas todavía más difíciles.

—He dicho que no. Yo no me subo en este carro asqueroso lleno de pulgas.

—Tú misma.

A Ilse se le había acabado la paciencia. Le arrancó de los brazos al chiquitín y se subió en el carro al lado del viejo Johann.

—Vámonos.

—Señora...

—¡Vámonos!

—Pues yo no me muevo de aquí —insistió Margot.

El viejo Johann miró a Ilse, pero esta le hizo un gesto con la barbilla para que emprendiera la marcha. Estaba claro que la señorita Ilse no estaba para bromas. Los niños miraban a su

hermana mayor desde el carro haciéndole gestos para que subiera, pero ella volvió a negarse. Margot se quedó mirando al grupo mientras se alejaba, convencida de que volverían a por ella. Apenas habían avanzado cincuenta metros cuando se dio cuenta de que eso no iba a suceder. Su madre estaba a punto de volver a ganarle la partida. Llena de rabia empezó a caminar hacia el carro, cada vez más deprisa para poder alcanzarlo. Ilse no se había querido dar la vuelta, pero pronto intuyó que la tenían cerca.

—Johann, frena un poco la marcha, por favor. Daniel, Nils, ayudad a vuestra hermana a subir. Las demás, hacedle un poco de espacio.

Todos los niños pensaban que el viejo Johann tomaría el camino hacia el pueblo, hacia la casa que los abuelos tenían en plena calle mayor. Sin embargo, no hizo amago de querer dar la vuelta, sino al contrario, el carro tomó el camino que subía hacia la montaña y cada vez se alejaban más de cualquier signo de civilización.

Un viejo con una mujer joven al lado que llevaba un bebé en brazos, el carro lleno de maletas y cinco chavales amontonados sobre ellas ofrecían una extraña imagen. Más parecían colonos buscando un lugar en alguna tierra prometida que una familia burguesa en su primer día de vacaciones.

No se encontraron con nadie durante todo el recorrido, a excepción de un individuo que se acercaba hacia ellos en dirección contraria, paseando a un lado del camino, muy enfrascado en su lectura. Al pasar por su lado levantó la cabeza y saludó llevándose la mano al sombrero. El viejo Johann hizo lo propio.

Ilse apenas pudo cruzar una rápida mirada con él. Era un hombre maduro y atractivo al que empezaba a blanquearle la sien.

Ilse miró al viejo Johann con expresión interrogante.

—El nuevo médico militar —le contestó en tono indiferente, sin mover un solo músculo—. Llegó con los soldados.

Ilse se sorprendió a sí misma girándose solo para ver cómo se alejaba. Se fijó en que tenía un porte atlético y un andar elegante muy distinto al que acostumbraba a verse por aquellos lugares.

Si no hubiera estado tan enfadada, Margot habría disfrutado mucho del trayecto. En el fondo hacía un día precioso, olía muy bien, los prados estaban exuberantes y floridos, se oía el canto de los pájaros, de vez en cuando el zumbido de una abeja y a lo lejos, el cencerro de alguna vaca. A Margot siempre le habían gustado los veranos en casa de la abuela y la vida de campo. Pero ese año, recién cumplidos los dieciséis, habría preferido quedarse en su casa.

La culpa la tenía, por supuesto, el hijo mayor de la nueva y elegante familia que se había instalado en casa de los antiguos vecinos, los Gutermann, cuando estos tuvieron que abandonarla, y sus dos hermanas pequeñas con las que parecía que podía hacer muy buenas migas.

La última vez que Margot vio a los Guttermann fue a principios de mayo, cuando visitaron a su madre para despedirse. A ella siempre le habían parecido muy serios y aburridos, aunque jamás le había preocupado que fueran judíos hasta que en la escuela los animaron a denunciarlos. Además, no tenían hijos y el cambio le pareció fantástico, sobre todo cuando vio por primera vez al joven vecino y sintió una extraña sensación en el bajo vientre al mismo tiempo que una multitud de mariposas le revoloteaban en la boca del estómago. Y más aún cuando él se paró más de la cuenta para devolverle la mirada.

Ahora, en ese estúpido carro, rodeada de sus estúpidos hermanos y sufriendo aquel estúpido traqueteo, tenía que pasar un aburrido verano en la desangelada casa de la montaña de sus abuelos, en un pueblo perdido en las montañas de Baviera. Odiaba a su madre por no tenerla en cuenta al tomar la decisión y se odiaba a sí misma por no tener la edad suficiente para poder tomar las suyas propias.

Después de casi una hora de ascenso, el carro se paró en medio del camino, en medio de la nada.

Ilse descendió con el pequeño, que se había dormido en sus brazos. El lugar era precioso, pero allí no había más que prados y bosque.

—Necesitaré que la ayude.

Ilse asintió.

—Niños... Hemos llegado. Todo el mundo abajo. Que cada uno coja su maleta y me siga.

—¿Hemos llegado adónde?

Margot no daba tregua. El resto de los niños se mantenían en silencio. Solo Nils se atrevió a decir algo.

—Mamá... Pero aquí no hay nada. ¿Dónde vamos a dormir?

—Ahora lo veréis.

Ilse buscó en el fondo de su alma una sonrisa que pudiera tranquilizar a sus hijos.

—Es una sorpresa. Seguidme.

Margot no se movió de donde estaba.

—Tú también. Y te lo digo muy en serio, no te aguantaré ni una impertinencia más.

Margot conocía bien a su madre. No había criado seis retoños a base de condescendencia y debilidad. Solía ser paciente y muy comprensiva, pero cuando el tono de voz era tan suave que apenas podía oírse, todos sabían que era el preludio de una tormenta de dimensiones incontrolables. A regañadientes cogió su maleta y siguió a la comitiva.

Ante ellos se dibujaba un estrecho camino que subía todavía un poquito más. Solo podía hacerse a pie y conducía frente a una gran explanada, al fondo de la cual y fuera de la vista de cualquiera que pasara por el camino, se encontraba la cabaña donde se suponía que iban a instalarse.

Ilse se paró a observar el panorama. Parecía que la construcción se mantenía más o menos en condiciones. Habría que ver cómo estaba el interior. Si hacía ya muchos años que no iba al

pueblo, aún hacía más que no entraba en la casa de los pastores. No era muy grande, pero de momento tendrían que apañarse y dar gracias de contar con ella. Los niños soltaron las maletas y se pusieron a correr hacia la cabaña gritando como locos de contento.

—¡No lo dirás en serio!

Ilse no hizo caso de las airadas palabras de su hija mayor y siguió a un viejo Johann que, cargado hasta las orejas, se dirigía hacia la cabaña. Margot se quedó sola. No se movió. No tenía la más mínima intención de continuar.

El viejo Johann hizo un par de viajes más para dejar en la puerta todo lo que la familia había llevado de la ciudad. Margot siguió sin moverse. El sol se estaba poniendo. Su madre salió de la cabaña y se la quedó mirando, expectante, preguntándose hasta dónde sería capaz de llegar. Margot no se movió. Estaba oscureciendo y empezaba a tener frío. También tenía hambre.

El viejo Johann pasó por su lado y la saludó con un gesto de cabeza.

—¿Puedes llevarme al pueblo?

—Señorita, usted tiene que quedarse con su familia — le dijo pasando de largo.

—Estúpido.

El viejo Johann sonrió. Él también había convivido con adolescentes.

Ilse estaba muy ocupada atendiendo al resto de sus hijos para perder un minuto de más con los caprichos de Margot. Le hubiera ido muy bien su apoyo y su ayuda, pero no se podía permitir el lujo de explicarle otra vez las desafortunadas circunstancias que los habían llevado al punto en el que estaban. La niña no era lo suficientemente madura, se lo estaba demostrando. Ya llegaría el momento en que lo entendiera. Por lo menos confiaba en ello.

—Mañana les traeré algún colchón más y algunas provisiones. ¿Tendrán suficiente para hoy?

—Gracias, Johann, para esta noche tengo unos bocadillos y unas cuantas manzanas. Será suficiente. Buenas noches.

—Buenas noches, señora.

Los niños seguían corriendo por todas partes, entusiasmados por la nueva aventura. Cenarían a la luz de las velas y harían turnos para ir a buscar agua al arroyo que corría al lado de la cabaña. Dormirían de dos en dos, en colchones en el suelo y no tendrían que bañarse antes de cenar. Era como ir de campamentos, pero sin las órdenes marciales de los directores.

—¡Mama! Tengo pipí. ¿Dónde está el baño?

—Fuera, cariño. Nils, acompaña a tu hermana a la letrina.

—¡Mamá!

—¡Nils! Tienes once años. Ya eres mayorcito para entender las cosas. No me rechistes, por favor.

—Pffff... ¿Y dónde está eso?

Ilse tomó aire antes de contestarle. Estaba llegando a su límite y sabía que no se lo podía permitir.

—La caseta que has visto antes de entrar.

Mismo tono suave contra el que era mejor no discutir. Nils agarró a su hermana de la mano y se la llevó fuera a tirones. La letrina estaba un poco alejada de la casa y casi seguro que era un sitio asqueroso. Daniel se los quedó mirando con aire triunfal. Esta vez se había librado, por algo era el mayor de los dos.

—Tú no te quedes ahí quieto. Ve poniendo sábanas en los colchones.

—¡Mamá!

—¿Prefieres dar de cenar a los pequeños?

Daniel se dio prisa soltando un bufido de fastidio. Si lo hubiera sabido, se habría ofrecido voluntario para acompañar a Letta al baño. Habría aprovechado para explorar un poco la zona y después le habría dado un buen susto a su hermanita.

—¡Esta casa está llena de bichos!

Ilse suspiró intentando controlar el llanto.

—¡Betina! ¡Ya solo me faltabas tú! Haz el favor de encargarte de tu hermano pequeño.

Margot seguía en la cima de la colina, sin moverse.

No se podía esperar más de una cabaña de pastores. La estancia principal era amplia y estaba presidida por una enorme chimenea con bancos a los lados y un gran caldero lleno de telarañas colgado en el centro. El techo, sostenido por unas enormes vigas que parecían robustas, era lo suficientemente alto como para imaginar un altillo confortable. Al fondo había dos alcobas sin puertas, una más grande con dos catres y otra más pequeña con uno. Había estanterías desperdigadas y una especie de armario en un rincón que eran los únicos lugares donde podrían guardar o almacenar sus cosas. Una gran mesa y cuatro sillas alrededor completaban el escaso mobiliario de lo que iba a ser su vivienda a partir de ese momento y hasta sabía Dios cuándo.

La excitación había hecho que los cuatro pequeños cayeran rendidos prácticamente sin cenar. Al pequeño Tom lo habían instalado en un viejo cajón que habían habilitado como cuna y en el que apenas cabía. Letta y Betina ocupaban uno de los dos catres que había en la habitación grande. El otro lo estaba acaparando Nils que dormía a pierna suelta, aunque tendría que compartirlo con Daniel que en ese momento seguía las líneas de la madera de la mesa con los dedos, bajo la tenue luz de una vela. Quería acompañar a su madre mientras esta esperaba, sentada frente a él, la reacción de Margot.

—¿Qué está haciendo allá arriba, mamá?

—Está acabando de decidir lo que quiere hacer.

—Pues yo no lo entiendo... —Un enorme bostezo interrumpió sus palabras.

—Ella tampoco, cariño, ella tampoco. Anda, vete a dormir. Ha sido un día muy largo y mañana te necesito en plena forma. Ni te imaginas la cantidad de cosas que tenemos que hacer.

—Me gusta esta cabaña —le dijo mientras se levantaba.— Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, Daniel. Estoy muy orgullosa de ti.

A Daniel se le puso una enorme sonrisa de satisfacción en los labios. Su madre se quedó mirándolo mientras se acostaba pensando en lo mucho que había crecido para sus quince recién cumplidos. Estaba hecho todo un hombre.

La cabaña se quedó en silencio. Prestando mucha atención, tan solo podía oírse el sonido de la respiración de los niños. Ilse se recostó en la silla y cerró los ojos.

Apenas unos momentos después, la puerta se abrió muy despacio y Margot entró intentando hacer el mínimo ruido posible. Temblaba de frío, de hambre y de sentimiento de derrota. Miró a su madre y la creyó dormida. Después recorrió la cabaña con la mirada. Al otro lado de la estancia que hacía las veces de salón, de comedor y de cocina, vio las alcobas y descubrió su maleta al lado del único catre que quedaba vacío, en la más pequeña. Se acercó a la mesa, apagó la vela con un ligero soplo y se tumbó sobre el colchón sin quitarse la ropa siquiera, de cara a la pared.

Ilse no estaba dormida, pero tampoco abrió los ojos. Escuchó todos los movimientos de su hija e imaginó lo que estaba haciendo. No quiso importunarla ni interrumpir el proceso que estaba sufriendo. La conocía bien. Era una chica estupenda, pero un poco terca. Cuando se le metía algo en la cabeza no cedía hasta conseguirlo. En esos momentos debía de sentirse muy humillada. Era mejor dejarla en paz.

Ahora, con todos sus hijos a buen recaudo ya podía permitirse un momento de relajación. Se incorporó en la silla, cruzó los brazos sobre la mesa y recostó la cabeza sobre ellos. Lo hizo despacio, queriendo ser consciente de todos sus movimientos, como si de una ceremonia se tratara. Se quedó dormida casi de inmediato.

Al leve susurro de la respiración de los niños se unió un nuevo sonido. El del llanto ahogado de Margot.